

Acad-II  
Esp-95

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

Excmo. Sr. D. Pedro de Novo y Colson

el día 30 de mayo de 1915

---

CONTESTA EN NOMBRE DE LA CORPORACIÓN

EL EXCMO. SEÑOR

*Don Daniel de Cortázar*

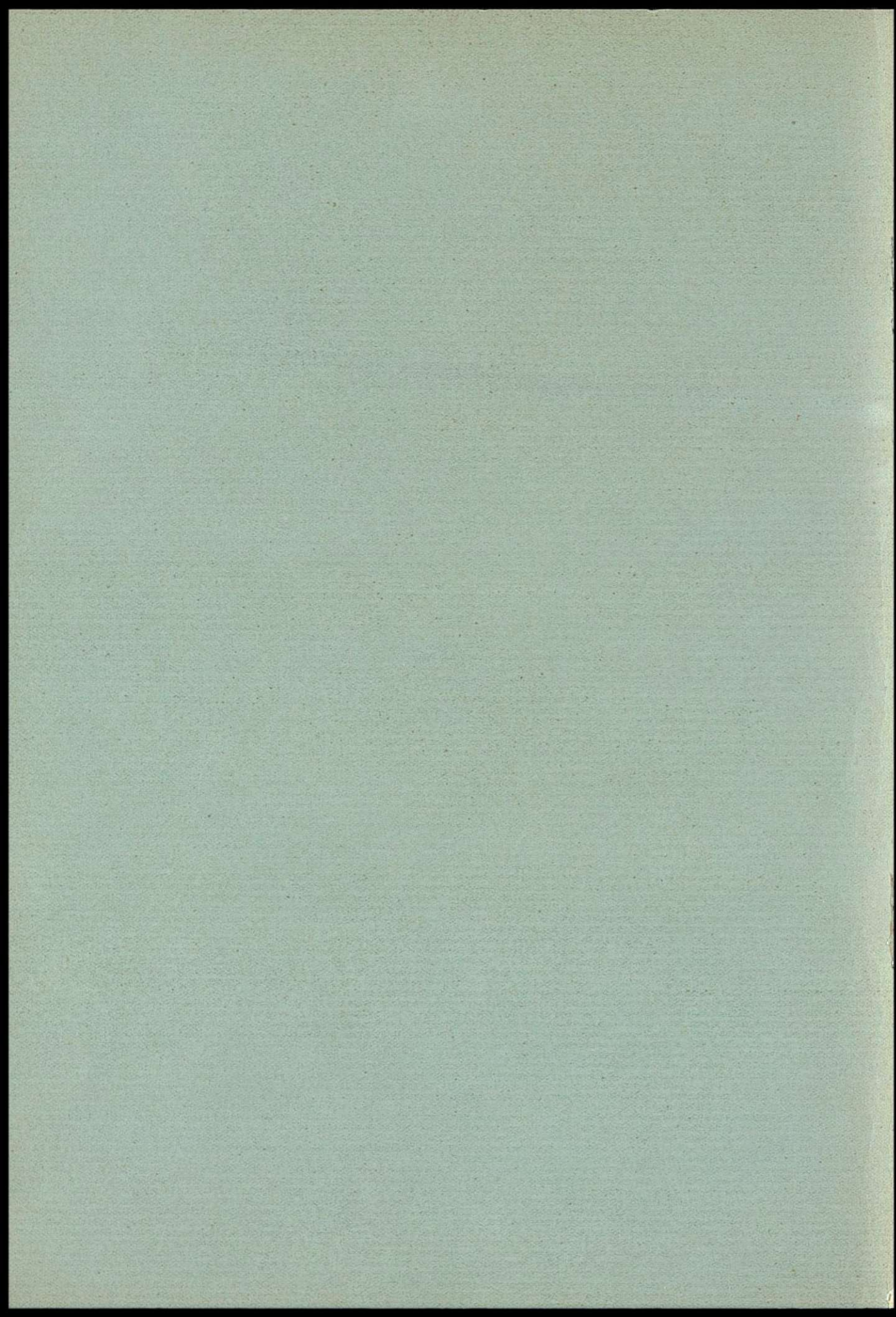
---

MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

1915



REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

R40720

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

Excmo. Sr. D. Pedro de Novo y Colson

el día 30 de mayo de 1915

---

CONTESTA EN NOMBRE DE LA CORPORACIÓN

EL EXCMO. SEÑOR

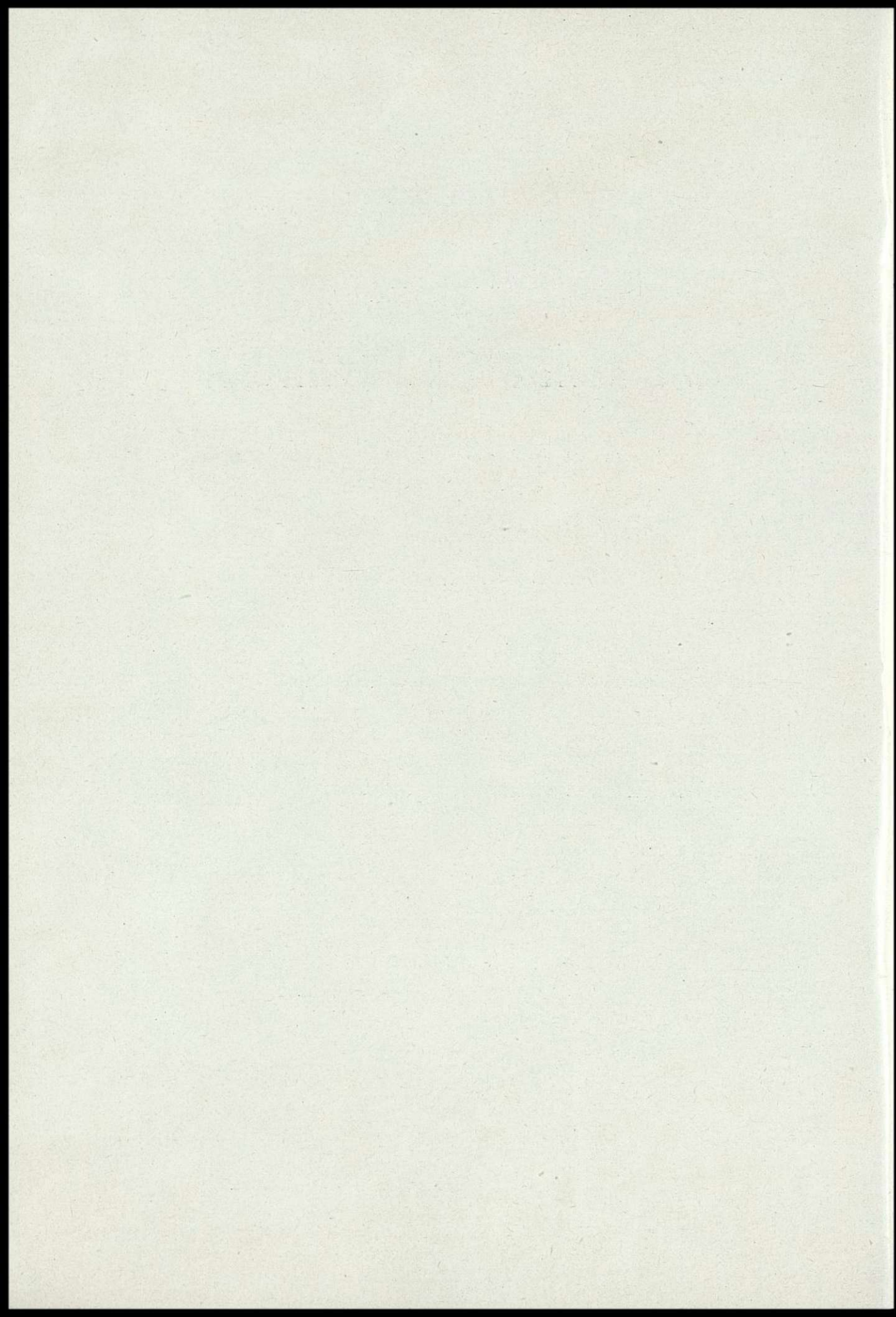
*Don Daniel de Cortázar*

---

MADRID

IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ  
Libertad, 16 duplicado, bajo.  
1915





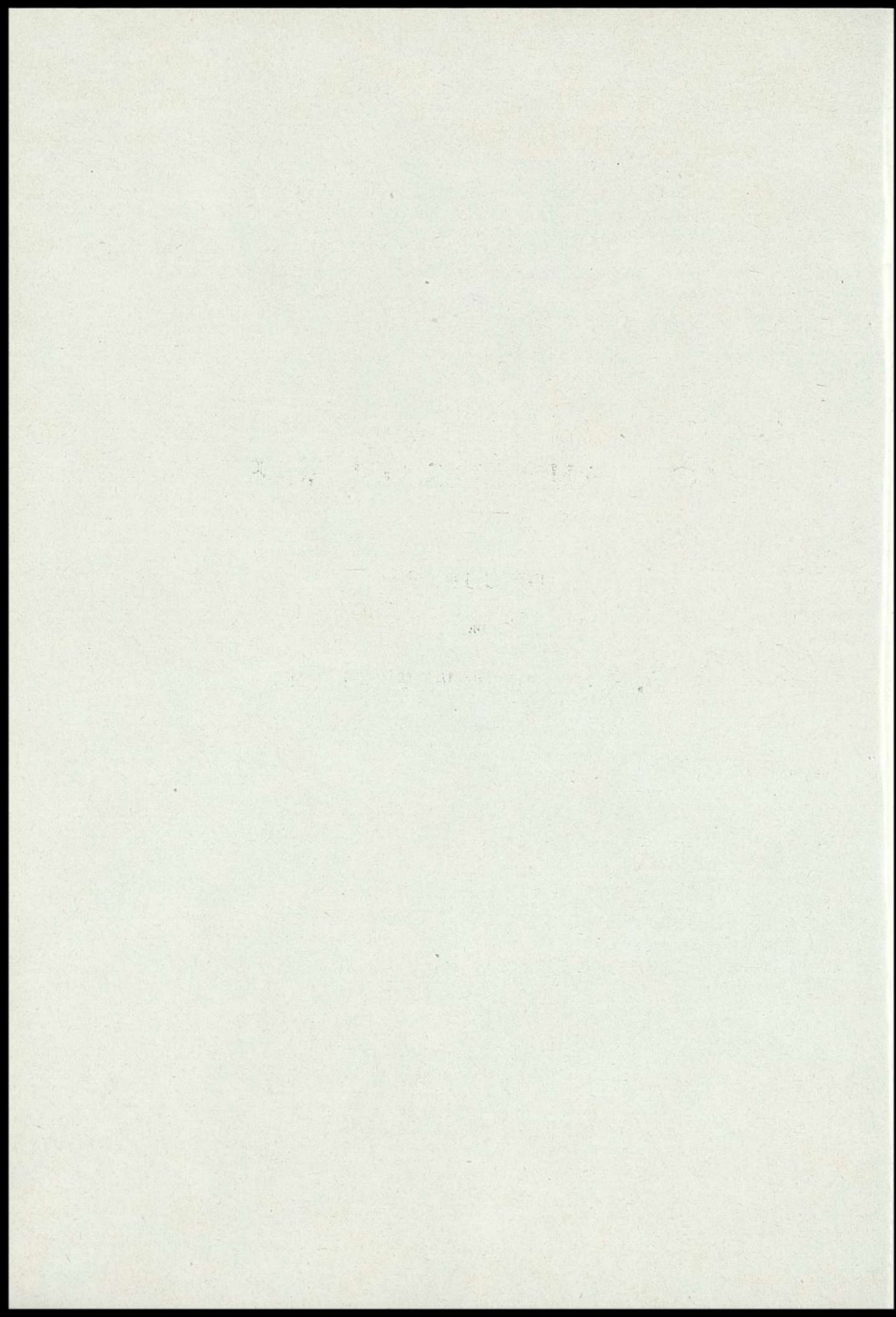
LOS CANTORES DEL MAR

---

DISCURSO

DE

D. PEDRO DE NOVO Y COLSON





SEÑORES:

«Al honrarme con vuestra elección, mostrando antes benevolencia que justicia, me habéis puesto en sincero agradecimiento, procurándome, al propio tiempo, una de las mayores, más lisonjeras y más deseadas satisfacciones de mi vida.»

Con estas palabras comienza el discurso que leyó en el acto de su recepción el Excmo. Sr. D. Emilio Alcalá Galiano, Conde de Casa Valencia, el 30 de marzo de 1879, y a quien, por vuestra merced, hoy sustituyo.

Y si tan ilustre publicista os juzgaba más benévolo que justos, con cuánto mayor motivo yo diré que debo a la bondad premio tan superior a lo que merece mi humilde bagaje literario.

Fué el señor Conde de Casa Valencia un elocuente orador político y ateneísta, quien, según Valera, unía a la elegancia de la frase la nitidez, la corrección, el método y la amenidad.

Como escritor poseía un estilo propio narrativo y una aptitud didáctica reflexiva y sesuda. Compruébalo en sus *Estu-*

*dios históricos sobre la Embajada de Jorge Juan a Marruecos*, en 1767; *Las guerras de España con el Perú y Chile* y *Un diario de Fernando VII*, en 1823.

En edad muy temprana comenzó a escribir aquel futuro Académico, y de sus estimadas obras debo citar: *Recuerdos de la juventud*, desde 1831 a 1854; *Dos viajes a América*, efectuados hacia 1855, cuando contaba el autor veinticuatro años, y los *Interesantes recuerdos históricos y políticos*, donde con forma original y estilo casi telegráfico, se consignan día por día los sucesos más salientes de España y de otras naciones, desde 1869 hasta 1878.

Escribió también *Impresiones de sus viajes a Inglaterra y Portugal*, que abundan en datos curiosísimos y oportunos comentarios, y no son menos notables sus *Discursos*, leídos en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, «sobre lo que significa la federación, lo que ha sido en remotos tiempos y lo que en la época actual representa», e igualmente dignas de elogio nos parecen, por lo sentidas, las necrologías que dedicó a sus compañeros en la Academia Española, D. Pedro de Madrazo, D. José Zorrilla y D. Juan Valera.

Por último, recordaré aquellas interesantes lecciones que, por espacio de tres años, dió en el Ateneo de Madrid sobre *La libertad política en Inglaterra*, confirmando la bien ganada fama de amenísimo orador, lecciones de las que dijo un escritor insigne, que «atesoran no pocas noticias históricas, para la generalidad desconocidas, y muchas advertencias y máximas sacadas con tino y agudeza de los mismos hechos a que se refieren».

Pero la altura intelectual del Conde, con ser tan elevada, parece inferior a la de sus prendas morales. ¿Quién no lo recuerda socorriendo al desvalido y consolando al triste? ¿Quién, que lo conociese, no estimó lo insuperable de su amabilidad y cortesía?

Dedico, pues, aquí, desde el fondo de mi alma, un humilde homenaje a la memoria de este perfecto caballero, ilustre patricio y hombre de bien, llamado por Dios a otros mundos mejores.

\*  
\* \*

Y ahora, que por mandato reglamentario he de leeros un Discurso cuyo tema se me permite elegir libremente, os diré que deseoso del mayor acierto relativo, he buscado en la grandeza del mar poderosa ayuda para mi pobre numen.

Acaso no consiga tan bello propósito; acaso hubiérais preferido oír de nuevo las sabias reflexiones y la erudición de un filólogo o de un gramático; pero acaso también vuestra cortesía acoja sin disgusto y aun considere dignas de resonar en este Templo de las letras reminiscencias del viejo marino que habéis honrado con vuestros votos.

Me apresuro a decir que en el desarrollo del tema elegido nada relataré que desconozcáis, y que el reducido florilegio que presento de los trovadores del Océano, tiene como única finalidad rendir tributo de gratitud a cuantos con su talento o su valor han ensalzado las glorias marítimas de España.

\*  
\* \*

Los cantores del mar, ¿cuántos han sido? Desde la antigüedad más remota hasta hoy, la mayoría de los navegantes y guerreros, sabios y poetas que surcaron el Océano, consagraron admiración profunda a la grandeza de su vida, su poder y sus furores, o al encanto de sus bonanzas y misterios maravillosos.

No haré disquisiciones históricas sobre quiénes fueron los primeros navegantes, ni cuáles los primitivos bajeles que

aquéllos utilizaron; pero sí consignaré mi creencia de que nadie ha podido percibir con mirada indiferente la inmensidad del mar.

Y éste, que desde la aparición del hombre se halla libre de las convulsiones geológicas que originaron su actual distribución y salsedumbre, es el mismo que hoy vemos, con idénticos fenómenos físicos y naturales. Las borrascas elevan las olas a igual altura que entonces, y las trombas y huracanes son tan inclementes y terribles como en los comienzos de la época cuaternaria.

De aquí parece deducirse que los marinos más antiguos afrontaron enormes riesgos con sus débiles naves, porque cada avance en el ignoto Océano, cada exploración sobre nuevos territorios, exigió lidia gigantesca y temeraria.

Pero, en realidad, tan heroicos hechos no corresponden sólo a los antiguos navegantes. En todos los siglos la audacia humana alcanzó igual límite, pues si en tiempos remotos las tripulaciones de los *gaulos* fenicios, de los triremes griegos, de los *chelandas* y *dromones* mediterráneos, no se alejaban de las costas y buscaban refugio en ellas al menor amago de tempestad, ¿quién negará intrepidez y mérito a los intermitentes viajes en tan mezquinas naos?; como tampoco se negará a las expediciones de Normandos y Noruegos que cruzaban el Atlántico del Norte merced a que sus buques podían navegar de bolina. Con sus *drakares*, tan audaces marinos abordaron la Islandia o Iceland, crearon factorías en lejanos países, y hacia el año 1000 Erico Rauda descubrió la Groenlandia, y su hijo Leif (según los más competentes historiadores) fué quien, con inaudito valor, llegó a Terranova y luego al hoy llamado río San Lorenzo, por los 48° de latitud en tierras antes desconocidas, desde donde sucesivos expedicionarios, descendiendo mucho más al Sur, fundaron la colonia de Vinlandia, que hasta el siglo XIV man-

tuvo comercio activo con Europa, y que cesó con la peste negra que por entonces asoló el mundo (1).

Imaginemos las proezas de aquellos nautas, sus gritos de angustia o de entusiasmo delirante en el duro batallar contra mares desconocidos y fenómenos aterradores. ¿Quién dudará de que todos hubieron de ser cantores del Océano?

Y cuando, posteriormente, las carabelas de Colón, surcando el Golfo de las Damas, se hallaron entorpecidas en su derrota por una extensa llanura de hierbas flotantes, por el misterioso mar de Sargazos; cuando el inmortal genovés, temeroso de la persistencia de los alisios, consultó a Martín Alonso Pinzón desde la nao *Santa María*: — *Mucho tardamos, ¿qué hacemos?* — respondiéndole el marino andaluz: — *Adelante, aunque tardemos un año*; y cuando Rodrigo de Triana desde la *Pinta* gritó: — *¡Tierra por la proa!*, anunciando el fin de azares y dolores. ¿A quién de aquellos aventureros no conmovieron el alma los múltiples enigmas de los mares vírgenes que surcaron?

Y los descubridores del Estrecho de Magallanes, los que con Sebastián Elcano circundaron el globo terrestre, y, por último, los marinos de guerra que hoy bogan bajo las aguas con el único cometido de matar o morir; que miran al mar como su tumba o lo contemplan sepultando a millares de víctimas de su terrible misión... ¡todos, todos los ejecutores de tan trágicas hazañas y actos de supremo arrojo han dedicado al Océano sus ayes de dolor o sus cánticos de gloria!

\*  
\* \*

---

(1) El comercio de los vinlandeses con la Europa del Norte consistió siempre en el cambio de pieles, maderas preciosas y aceite de ballena, por armas, utensilios de hierro y vidrios de colores.

En 1282 un Obispo de aquella colonia noruega envió de regalo al Papa Martín IV ricas pieles de marta y colmillos de morsas, en nombre de los indígenas convertidos.

Los hombres que navegan y los que batallan sobre el mar lo admiran por su hermosura incomparable, como un panorama espléndido de infinitos matices; pero otros hombres, los geólogos, los naturalistas y los exploradores científicos, han descubierto que el *mar vive*, que sus aguas son *orgánicas* a la vez que de suma transparencia; que trillones de infusorios luminosos alteran en varios puntos esta limpidez, ofreciendo el bellissimo espectáculo de un Océano fosforescente; que las *médusas, isis y gorgonias*, con vivos destellos, hacen menos absoluta la obscuridad de las grandes profundidades, y que los *litofitos* son arquitectos y constructores de islas y arrecifes coralinos y madreporicos.

Esos sabios han descrito los maravillosos jardines del Océano, que parecen creaciones de la magia; han extraído de los abismos más hondos peces extraños que, faltos de la enorme presión que sufrían, estallan al llegar a la superficie; han catalogado los animales-plantas que completan la esplendorosa e incontable fauna marina; y, embriagados de curiosidad siempre creciente, han sometido a detenido estudio cuantos fenómenos se relacionan con el líquido elemento, y frutos de estos estudios forman verdaderos poemas, sin arte métrica, pero de supremo interés y enseñanzas; cantos sin trovas que nos aturden, que nos dejan atónitos.

Mas los sabios que laboran en sus gabinetes o en aguas tranquilas, no producen la alta emoción estética reservada a los exploradores de los polos.

¡Cuán trabajosamente puede nuestra imaginación concebir el espectáculo de las regiones glaciales!

Nacidos los españoles bajo un cielo puro y risueño que por igual cobija los ricos llanos de Castilla y de la Mancha, como las vegas de Granada y de Murcia, los viñedos y olivares de Cádiz y de Córdoba, los jardines de Valencia y las pintorescas montañas de Galicia; embalsamada la atmósfera

de azahares, dorada y tibia la tierra por los rayos del sol, y recogida la nieve en la cumbre de los montes, como por gala, y para que no lamente su total ausencia un caprichoso sibirita...; es difícil, repito, que traslademos la imaginación a otras regiones del globo, espantosas y desoladas, donde han sucumbido muchos mártires de la ciencia y donde muy pocos héroes han triunfado.

Éstos cantaron y cantan al mar con sus voces de manobra, sus votos de gracia, sus locas blasfemias, sus rugidos de dolor o sus gritos de victoria. Le cantan cuando con las naves sortean los altos *Icebergs*, montañas de hielo flotantes que elevan sus cúspides 200 pies por encima de los toques; o los gruesos *Ice-fields*, bancos de nieve que prolongan su entrecortada superficie centenares de leguas dentro de las aguas. Le cantan al despedirse del buque abandonado para emprender sobre la helada llanura marcha inverosímil, y los que buscan refugio en un peñasco barrido por las olas. Le cantan los que sostienen lucha cuerpo a cuerpo con el feroz oso blanco, y los que mueren de frío, de cansancio o de hambre; y también los de mejor fortuna, que en medio de las tinieblas del invierno avanzan sin temblar oyendo crujir las rocas bajo sus pies y el horroroso estruendo de las montañas que se desploman. Cuanto puede perturbar el alma ha concentrado allí la naturaleza, pero en vano.—*Adelante, adelante*—es su divisa, triunfando al fin en la empresa titánica, porque el valor y la energía de esos hombres sólo se doblegan, humildes, ante la majestad del Divino Creador.

\*  
\* \*

Ya hemos dicho que los navegantes, los guerreros y los sabios han ensalzado al mar cuando realizaban hazañas o

conquistas científicas merced al remo, a la brújula, al sextante, a la espada, al cañón, al termómetro, al microscopio, a la sonda de Brooke, a las dragas o al hidróstato.

Unicamente los poetas líricos o épicos describieron las iras y bellezas del mar con sólo su fantasía y un *estilo* o una pluma, en lenguaje inspirado por Polimnia o Caliope.

A éstos debiera citar; pero como son incontables los de todos los tiempos y países, y tan escasa mi erudición, me limitaré a recordar los que cantaron en el idioma que, balbuciente cuando las dominaciones de griegos y romanos en Iberia, y más formado al llegar las conquistas de godos y árabes, ha venido a ser lo que hoy llamamos castellano, pues nadie ignora que esta hermosa lengua debe su existencia a elementos aborígenes mixtificados y acrecidos por prolongado contacto con los propios de los invasores de nuestro país, sobre todo los romanos que, al fin del Imperio de los Césares y en los primeros siglos de la Edad Media, introdujeron en los que dominaban formas subsecuentes al decir común, con jergas propias de los soldados y colonos que Roma enviaba á todos sus dominios.

Tan es así, que según el gran filólogo fray Martín Sarmiento (comprendido en el catálogo de autoridades de la lengua española), de cada cien palabras castellanas corresponden 60 al latín y 40 a los otros idiomas mencionados. De la preferencia que el latín ha merecido de continuo a los españoles cultos, dan fe los sistemas educativos que en nuestras Escuelas han regido hasta hoy, en que persiste en el bachillerato el estudio de los autores latinos.

Así, pues, cúpleme citar primeramente a los poetas clásicos que aludieron al mar en sus inmortales obras, obras que han sido traducidas en verso por Gómez Hermosilla, Conde, Canga Argüelles, el Obispo Montes de Oca, Menéndez y Pelayo, etc., etc.



De éstos comenzaré elogiando al concienzudo y discreto Hermostilla, que tradujo la *Iliada* y la *Odisea* en endecasílabos libres con escrupulosa fidelidad, que en nuestro caso es reveladora de la semejanza de las maniobras actuales con las usadas en los barcos griegos mil años antes de J. C.

Dice Homero en el libro II de la *Iliada*:

«Telémaco, aprestarse a las maniobras  
mandó a sus compañeros. Obedientes,  
el gran mástil de abeto levantaron;  
en el hueco central de la traviesa  
lo metieron y atáronle con cables,  
y al fin con corregüelas retorcidas  
la blanca vela izaron. Hinchó el viento  
el centro de la vela, y mientras iba  
la nave por el mar, la onda purpúrea  
resonaba en la quilla, que las aguas  
cortaba velozmente...»

Cuatro siglos después de Homero, o sea hace dos mil quinientos años, floreció en Mitilene Alceo, tan famoso poeta como revolucionario aristócrata, del que citaré la descripción de un buque combatido por la tempestad, que parece obra de hoy. La traducción es de Canga Argüelles.

Dice así:

«De un lado una ola se levanta al cielo  
y otra del otro con furor se eleva;  
en negra nube su rigor nos lleva  
en torno, y cubre de funesto velo.

Con gran fatiga y mísero recelo  
su altiva furia nuestras fuerzas prueba;  
hace que el vaso ya las ondas beba  
y al recio mástil lo derriba al suelo.

Bramando horrible, el piélagos sañudo

las velas rompe y las deshace airado  
tal, que desaparecerlas todas pudo.

Las áncoras del casco derrotado,  
ya separadas, a su impulso rudo  
se van huyendo por el mar salado.»

Sensible es que Píndaro, el mejor poeta lírico de la antigüedad, a la vez que el más venerable ciudadano de Teba, no aluda al mar sino incidentalmente en sus obras. De la traducción de éstas hecha por Montes de Oca en metro caprichoso, citaré estos versos:

«Pide a Dios que les abra camino  
a través del feroz elemento;  
que los lleve con próspero viento  
y sujete al furioso Aquilón.  
Y que el sol les alumbre de día,  
y en las noches la espléndida luna,  
ni les niegue, por fin, la fortuna  
el volver a la patrial mansión.»

Del filósofo y poeta griego Meleagro, epigramático famoso, mencionaré esta bella estrofa traducida por Antonio Conde:

«Cargadas naves que del mar greciano  
surcáis las bravas ondas recibiendo  
el grato Bóreas en senosas velas,  
si por caso en las playas arenosas  
de Coa, veis mi Fania estar mirando  
del piélago las ondas azuladas,  
decidla así: —Tu amor nos ha guiado,  
no el piloto, ni el viento, ni las aguas.»

Con menos frecuencia aún que los griegos, dedicaron cantos al mar los poetas latinos. Virgilio en la *Eneida* y Lucano

en la *Farsalia*, lo mencionan siempre como lugar de combates y por excepción como grandioso o terrible elemento.

Así dice Virgilio:

«Al bajel que a los Lirios aportaba,  
el mismo en que el leal Orentes iba,  
súbito hiere en popa una ola brava  
descargando con ímpetu de arriba.  
Eneas el embate viendo estaba  
que de un vuelco al piloto el mar derriba;  
tres vueltas da el bajel, la angustia crece,  
y el vórtice lo traga y desaparece.»

Y Lucano también canta desde igual punto de vista en esta estrofa:

«Porque venza la proa al mar violento,  
pródigos largan la siniestra escota,  
y abren los lienzos al favor del viento,  
que, cóncavos, los hincha y los azota:  
gran distancia con recto movimiento  
borrascas vence la arrogante flota.» Etc.

Dedicado ya un tributo a los clásicos griegos y latinos, pasaré en silencio varias centurias de escasez literaria para fijarme admirado en la poesía de los árabes andaluces. Fué el Califato de Córdoba asombro del mundo por su cultura y poderío, como todos sabéis; pero sus mil palacios y vergeles, erario inagotable, escuelas superiores, acueductos y monumentos de Abderrahmán el *Grande* y la biblioteca sin par de Alhaquem II, no importan a mi propósito, como tampoco importa la política creada después del año 1000 con la división del imperio de los Omeyas en pequeños reinos musulmicos.

Lo que deseo recoger y consignar es que, durante los dos siglos anteriores a aquella división, y hasta las postrimerías

de la Edad Media, florecieron siempre y en gran número los poetas árabes españoles. Poetas inspiradísimos fueron: el Rey de Sevilla, Almotamid y su hijo; Mohamed, el Rey de Almería, y otros cien vates que enriquecieron la literatura universal con sus cantos de amor y de guerra, con sus elegías, panegíricos y plegarias al Dios único.

Pero, como de este tesoro he consultado solamente la mínima parte que los filólogos arabistas han vertido al castellano, transcribiré nada más que alguna estrofa de la célebre *casida*, con la que el poeta Benalabar demandó un ejército del Africa en auxilio del reino moro de Valencia.

Dice así:

«Valencia, por mi medio estas cartas te envía,  
socorro te demanda; espera en tu virtud.  
Llegamos a tu puerto en nave bien guiada  
y escollos y baguios pudimos evitar;  
por los furiosos vientos la nave contrastada,  
temí que nos tragaran los abismos del mar.  
Cual por tocar la meta, reconcentra su brío  
y hace el último esfuerzo fatigado corcel,  
luchó con las tormentas y con el mar bravío,  
y en puerto tuyo, al cabo, se refugió el bajel».

\*  
\* \*

Aunque los árabes nacidos en la Península durante siete siglos fueron tan españoles como los guerreros que la reconquistaron, éstos nos parecen más genuinamente españoles porque adoraban a la Santa Cruz, como nosotros, y porque no necesitamos traducirlos.

Dijo el filólogo Capmany que la lengua castellana empezó a ser idioma vulgar hacia el siglo décimo; dialecto culto reinando Alfonso el Sabio, y que creció progresivamente su hermosura desde Juan II a Felipe III.

Debe añadirse que en el siglo XVI alcanzó nuestro idioma tan perfecta belleza, que se hizo casi universal.

Apreciaréis, pues, lo imposible de mencionar siquiera en un discurso a todos los ingenios cuyas obras se relacionan con mi propósito.

Por esto urge, sin más preámbulos, elegir, y el primero que acude a mi memoria es Juan de Dueñas, poeta bien antiguo (nació en 1406), quien describiendo una tempestad en su composición metafórica *La nao de amor*, dice así:

«Tan espantables et duros  
eran los vientos foranos,  
otrosy los comarcanos,  
con los cielos tan oscuros  
que non veía las manos.  
Pero ya tanto el desmayo  
non hobe por cos que viese  
que de ordenança saliese,  
plego de todo me ensayo;  
mas la potencia de un rayo  
que en la mi nave cayó,  
velas y entenas rompió  
et levó todo al soslayo  
cuanto en la tolda falló.

Levóme los marineros  
armados de mi sin arte,  
otrosy la mayor parte  
de mis polidos aperos:  
desclavóme los maderos  
del gobierno temperado,  
dejóme desamparado  
en los disiertos más fieros  
de los mares engolfado.»

De Juan de Mena recordaría algunos versos de su magna obra *El Labyrintho*, y del Marqués de Santillana varios de sus diálogos de *Bías contra Fortuna*; pero no ofrecen interés para el caso, tal vez porque estos ingenios frecuentaron poco las costas. En cambio, Juan de Padilla, monje cartujo, debió en su juventud sufrir las iras del mar, que describe propiamente:

«En partes diversas las ondas infladas  
se quiebran luchando los rígidos vientos;  
conmueven las aguas los hondos cimientos  
y con las arenas se muestran mezcladas;  
rotas las velas y más desplegadas  
del coz y bonete con sobra de viento,  
corría la nave por el sotavento;  
las flacas entenas del todo quebradas,  
y más el timón por mayor detrimento.»

En el *Romancero general*, que contiene cerca de 3.000 composiciones, coleccionadas la mayoría por el sapientísimo don Agustín Durán, he encontrado gran copia de romances alusivos; incluiré uno de los menos vulgares y de autor anónimo:

«Por el ancho mar de España,  
donde las airadas olas,  
encaramándose al cielo,  
fustas y naves trastornan,  
herido y desbaratado  
de una tormenta espantosa,  
les dice á los marineros  
el General de la flota:  
«¡Ola, ola, que se trastorna,  
echa el áncora, aferra, cierra, bogal!»  
Los aires rompen las velas

y los mástiles destroncan,  
entra el agua embravecida  
por medio las naves todas.  
Cuál tabla calafatea,  
cuál prepara pez y estopa,  
cuál desmaya y cuál se anima  
y cuál dice con voz ronca:  
«¡Ola, ola, que se trastorna,  
echa el áncora, aferra, cierra, boga!»

De Lope de Vega podría recordar, entre otras muchas composiciones, los bellos y conocidísimos septasílabos:

«¡Pobre barquilla mía...!»

así como ciertos romances que Luis de Góngora dedicó a escenas marineras; pero renunció a ello porque todos los conocen.

Medio siglo antes que Lope y Góngora, floreció Gutiérrez de Cetina, poeta delicado al par que guerrero valentísimo en las campañas de Italia y de Flandes.

El autor del precioso madrigal

«Ojos claros, serenos,  
si de dulce mirar sois alabados...», etc.

escribió, entre muchos sonetos, éste digno de mención especial:

«Golfo de mar con gran fortuna airado  
se puede comparar la vida mía;  
van las ondas do el viento las envía,  
y las de mi vivir do quiere el hado.  
No hallanmelo al golfo, ni hallado,  
será ca'be jamás en mi porfía;

en el golfo hay mil monstruos que el mar cría;  
mi recelo mil monstruos ha criado.

En el mar guía el Norte; a mí una estrella;  
nadie se fía del mar, de nada fío;  
van allí con temor; yo temeroso.

Por mí cuidados van, naves por ella;  
y si en algo difiere el vivir mío,  
es que se aplaca el mar; yo no reposo.»

De Juan de Jáuregui, traductor de Lucano y del Tasso y pintor, a quien debemos el único retrato de Cervantes cuya autenticidad asevera el doctísimo Rodríguez Marín, transcribo este bello soneto a un navío destrozado:

«Este bajel inútil, seco y roto,  
tan despreciado ya del agua y viento,  
vió con desdén el vasto movimiento  
del proceloso mar, del Euro y Noto.

Soberbio al golfo, humilde a su piloto  
y del rico metal siempre sediento,  
trajo sus minas al ibero asiento,  
habidas en el Índico remoto.

Ausente yace de la selva cara,  
do el verde ornato conservar pudiera  
mejor que pudo cargas de tesoro.

Así quien sigue la codicia avara,  
tal vez mezquino muere en extranjera  
provincia, falto de consuelo y oro.»

Algunos poetas más del siglo XVII solicitan un recuerdo en este discurso; pero la prudencia me hace oír otro toque de atención. Mucho falta que exponer en poco tiempo y espacio, y como pecarían de monótonas nuevas luchas con las olas y los vientos, haré rumbo en demanda de un poeta que cante el amor a orillas del mar bonancible.



Este poeta es Juan Bautista Arriaza, marino de guerra en su juventud, prodigioso improvisador en las cámaras de los buques, que jamás escribía las creaciones de su musa, pero que se corrigió algo de abandono tan punible al ingresar en las Academias Española y de Bellas Artes. Entonces admiró el público la sencillez y armonía de sus versos; cualidades que resaltan en este bello idilio:

«Orillas del mar, tendido  
un pescador a sus solas,  
como la roca a las olas,  
así burlaba a Cupido:

«No pretendas, Dios traidor,  
»que te doble la rodilla,  
»mi tesoro es mi barquilla,  
»mis redes, sólo mi amor.

»Cuando algún incauto pez  
»entra en mis redes, le digo:  
»tal quisiera hacer conmigo  
»el amor alguna vez;  
»pero no espere el traidor  
»un vasallo en esta orilla,  
»que mi bien es mi barquilla,  
»mis redes, sólo mi amor.

»Yo vi de Nerina ingrata  
»al amante, ¡pobrecillo!  
»que no vi ningún barquillo  
»a quien más la mar combata.

»¿Y me ofrecerás, traidor,  
»una ley que tanto humilla?  
»no; mi bien es mi barquilla,  
»mis redes, sólo mi amor.»

La bella Silvia que, en tanto,

por la ribera venía,  
oyó cómo repetía  
el marinero en su canto:

«Nunca mandarás, traidor,  
»en mi voluntad sencilla;  
»que mi bien es mi barquilla,  
»mis redes, sólo mi amor.»

Entonces Silvia lo mira,  
y el corazón le penetra:  
él va a repetir su letra,  
y en vez de cantar, suspira.

Adiós, pobre pescador;  
adiós, red; adiós, barquilla,  
que ya no hay en esta orilla  
sino vasallos de amor.»

Después de la poesía de Arriaza convendría a la variedad, dentro del asunto, citar otra originalísima de que es autor Joaquín Lorenzo Villanueva, Académico que fué de la Lengua y de la Historia, y que, aunque sacerdote, habíase familiarizado mucho con el mar en sus repetidos viajes a la Gran Bretaña; pero la letrilla humorística a que aludo, que se titula *La Carabela*, fué escrita toda en tecnicismo marinero, y como no la comprenderíais, me limito a recordarla.

De Dionisio de Solís, así llamado sin que sepamos por qué (pues sus apellidos eran Villanueva y Ochoa), que vivió y murió siempre obscurecido injustamente, debería escoger su inspirada cantilena, que empieza así:

«Bate del mar profundo  
con tormentosas iras...», etc.

Y para cerrar con broche de diamante las varias poesías citadas del siglo XVIII, os recuerdo la popularísima oda

*Al mar*, que escribió Quintana en plena juventud (1798), y que aún se consideraba como la mejor del egregio poeta cuando a los ochenta y tres años de su edad fué solemnemente coronado.

Pero como tan admirable composición se halla en todas las antologías, y cuantos me escuchan la saben de memoria, bastará con que la mencione.

De los poetas del siglo XIX que cantaron la grandeza del mar, muy pocos podría citaros después de Quintana.

De los que lo nombran por diversos motivos, recordaré a Espronceda con su famosa canción de *El Pirata*, y a Zorrilla con su otro canto, también a los piratas.

Campoamor habla mucho del piélago en su poema a Colón, pero tan diluída y superficialmente que se hace difícil elegir una estrofa, y lo mismo ocurre con su vulgar poesía *A las sirenas*.

Del insigne polígrafo Menéndez y Pelayo debo recordar la más importante de sus composiciones poéticas, titulada *La galerna del Sábado de Gloria*, pues dignos de Píndaro son estos versos:

Otro celebre en canto que no muera  
la guerra y la ambición, peste del mundo,  
y a la fuerza brutal erija altares.

Yo diré que mis cántabros se hundieron  
con los despojos de su fiel *trainera*,  
como cae el guerrero en la batalla  
asido al asta de su enseña rota.

.....

¡Perenne lid con la materia inerte,  
dura labor, pero victoria cierta!

También Verdaguer en su *Atlántida*, Amós de Escalante y otros poetas ilustres, cantaron al mar; pero sólo os citaré una

estrofa de Núñez de Arce, que en mi humilde opinión es modelo de poesía descriptiva.

Dice así:

«Junto al arroyo que lamiendo pasa  
las tapias de la casa,  
un joven pescador de piel curtida  
por el viento del mar, áspero y rudo,  
iba nudo por nudo  
recorriendo su red, al sol tendida,  
para coger los puntos de la malla,  
que en su postrer batalla  
rompió, saltando el pez, vencido y preso  
en la jornada del pasado día,  
cuando la red crujía  
de la pesca abundante bajo el peso...»

Por último, recordaré al malogrado poeta Fernández Shaw, que dedicó muchos y bellos cantos al Océano; también a Antonio Grilo, a Sandoval, a Zayas y a Rueda, pero especialmente a Blanco Belmonte, autor de la más sentida y hermosa composición que conozco, con la que logra que nadie siga creyendo que *el pescado es caro* (1).

---

(1) Deseoso de insertar también algunas poesías alusivas al Océano de autores éuskaros, supliqué á mi amigo D. Angel de Gorostidi su colaboración, y éste, con dicho objeto, pidió datos al cronista de las Provincias Vascongadas, D. Carmelo de Echegaray, quien en una extensa y erudita carta, dijo lo siguiente:

«Ni el mar, ni siquiera las hazañas de cuantos le surcan, excitaron hasta días recientes la fantasía de los contados poetas que en lengua vasca escribieron

Inútilmente hemos recorrido unas y otras colecciones en busca de alguna muestra que nos pusiera de manifiesto cómo sentían y cómo cantaban al mar la gente de nuestra tierra. En el *Cancionero vasco*, de Manterola, no hay tan sólo una composición inspirada por el mar ni siquiera una égloga piscatoria.»

Después de mencionar otras extensas colecciones, el ilustrado cronista añade:

«Ya no nos queda en toda esta extensa colección, en donde por espacio de varios años se han recogido los frutos de la musa vasca, más poesías dedicadas al

Después del brillante desfile de tantos hijos de las Musas, podrá pareceros extraño que ocupe vuestra atención con la cita de otros poetas, llamémoslos así, todos anónimos, incultos probablemente, que han transmitido de una a otra generación de marineros multitud de provechosas advertencias y enseñanzas en versos pareados, que desde tiempo inmemorial repítense a bordo de los grandes buques y de las barcas de pesca.

Estos versos, aunque a veces ripiosos, *son siempre oportunos*, muy al contrario que las coplas de Caláinos, pues a su conocimiento deben la vida muchos navegantes.

Imaginaos al rudo hombre de mar sobre cubierta, interrogando a las nubes con ojos inteligentes. Según las circunstancias, acudirán a su memoria estos proverbios:

Nubes barbadas,  
viento a carretadas.

Cielo sin nubes y estrella sin brillo,  
toma a la gavia un ricillo.

Celajería algodonada,  
del Noroeste es la ventada.

A un Norte joven y a un Sur viejo,  
no les fies tu pellejo.

San Telmo en la arboladura,  
mucho viento es lo que augura.

---

mar que la que antes hemos recordado de D. Domingo de Aguirre; ésta es verdaderamente inspirada y sentida y en ella abundan estrofas tan felices como las que se transparentan aun a través de esta versión en prosa, pálida y deficiente»...

Aunque la traducción del Sr. Echegaray revela bien el mérito de la poesía aludida, no podemos insertarla como todas las demás, que se hallan en verso.

San Telmo en cubierta brilla,  
cierra muy bien la escotilla.

Ved cuán concretos y concisos son estos *síntomas* y las maniobras que exigen.

Oid al cándido grumete que pregunta: —Diga, nostramo, ¿por qué todas esas gaviotas vuelan hacia el puerto?

Y el viejo contraamaestre ráscase la sotabarba, contempla su pipa y responde sentencioso:

«Aves de mar que en tierra buscan la madriguera,  
tempestad ven venir, y de mala manera.»

No menos significativo y digno de atención es este otro *poemilla* en cuatro renglones:

«Si la lluvia te coge antes que el viento,  
alista drizas sin perder momento.»

Indicando que debe prepararse para arriar las velas.

«Pero si el viento te cogió primero,  
iza gavia arriba, marinero.»

Lo que bien claro está.

¡Ah, señores!, os aseguro que al recordar tan rara clase de florilegio con su ambiente salino y alquitranado, me invade la nostalgia...; pero perdonadme, si os disgusta, que os haya hecho conocer a esos humildes trovadores.

Como resumen de todo lo expuesto, cúpleme advertir y lamentar que España, descubridora de continentes y Océanos y cuyos marinos asombraron al mundo, no haya tenido un Camoens que cantara sus glorias, ni siquiera la pléyade nutrida de poetas y escritores que en Suecia, Noruega, Dinamarca, Holanda, Estados Unidos y sobre todo Inglaterra, sin ser genios portentosos, lograron renombre, laureles y gratitud por sus obras intensas y artísticas con asuntos marítimos, despertando y manteniendo en esos países un amor al Océano de incalculables y benéficos productos.

Inferiréis, pues, que, en mi opinión, todos los españoles que cultivan las letras debían seguir tal ejemplo. Justo. Sí, todos; por eso yo también le he cantado en verso y prosa; pero disculpan este arrojito las circunstancias de mi vida.

Ya en la niñez contemplaba el mar de Cádiz desde mi casa paterna, y, apenas hombre, vestí el uniforme con botón de ancla y surqué las ondas durante catorce años. Largo período de recuerdos y sensaciones inolvidables.

El desfile de tormentas y baguios, de noches estrelladas o tenebrosas, de rumbos sobre escollos o en medio de la pèrfida niebla, enardeció mi fantasía. Y cuando esta loca desatada me alejó del mar confinándome en el infecundo campo de las letras, quiso el destino que aquel primer amor de mi juventud continuara siendo el amor de mi vejez. En más de un tercio de siglo he registrado, día por día, los trágicos efectos del embate de las olas en todo el litoral de España, y surgiendo de ellas han aparecido ante mi vista millares de seres abnegados y heroicos. Son los salvadores de náufragos, los que exponen o pierden la existencia por un semejante, los que con su altruísmo sublime han acrecentado mi fe en la virtud humana.

¡Cuántas veces me ha estremecido la visión del coloso Víctor Rojas, negro portorriqueño, que nadando contra el oleaje y viento duro, llega al buque encallado y escala la borda, recibiendo en pleno pecho el mismo golpe de mar que hacía trizas la murada; que magullado, herido, afianzaba en sus hombros a un tripulante para conducirlo a la costa; que repetía esta proeza hercúlea hasta dejar al último en salvo, cayendo entonces él allí, casi exánime! (1). Y la del

---

(1) Durante su existencia salvó personalmente más de doscientas vidas, y a su venerada memoria le erigió una estatua en Arcibo la *Sociedad Española de Salvamento de Náufragos*.



pescador del Cantábrico, Andrés Martina, que viendo perecer a un compañero le cedió la tabla que lo sostenía a flote, diciéndole mientras se hundía: «¡Sálvate tú, que tienes hijos!» Y la de la niña heroica Rosario Gutiérrez, de Santander, que arrojándose en auxilio de otra de su edad, falta de fuerzas pereció ahogada. Y la del Oficial de marina González Honoria, que estando febril, abandonó el lecho, tripuló un bote y después de salvar a 20 personas, una montaña de agua lo sepultó sin que dejase rastro!

Estos, y muchos más, víctimas de la hermosura de sus almas, no fueron cantores del Océano; pero tengo la clarevidencia de que todos, durante su agonía, oyeron, mezclado al ruido del trueno y la borrasca, un canto dulcísimo que bajaba de las nubes; canto consolador y celestial, cual debe ser el de los ángeles y querubines.

\*  
\* \*

Y ahora, señores, para concluir, os pregunto: ¿Es efectivamente el mar, por su grandeza, digno de tanta alabanza y admiración?

Cuando contemplamos el firmamento y descubrimos con la antorcha de la ciencia su magnitud infinita; cuando el alcance telescópico ha calculado en cincuenta millones de soles los que constituyen la Vía Láctea y que esta nebulosa es una de las seis mil visibles en los espacios siderales; cuando sabemos que esos millares de millones de astros son la muestra, el asomo de una aglomeración inacabable de mundos, porque lo creado no tiene límites, porque siempre habrá algo más allá, porque la *nada* no puede existir, decidme: ¿a qué extremo se reduce el tamaño relativo de nuestro mar, o sea de la capa líquida que moja a esa partícula del Universo llamada la Tierra?



Pero en el Universo las distancias y dimensiones carecen de unidad de medida; todo en él es grande y es ínfimo, y todo en él posee un mérito absoluto. Así, en nuestro planeta es tan admirable el Océano por sus maravillas ostensibles, como el insecto, visto al microscopio, por su perfección vital, sus colores y simétricos dibujos.

No hallaríamos en los tres reinos de la Naturaleza un algo de materia muda. Todo nos habla a los sentidos corporales o a las potencias del espíritu, pues cuando no es el mar, la campiña florida o la cumbre nevada que nos recrean, son los arcanos del magnetismo, de la electricidad, del radio y de las auroras polares que torturan nuestro entendimiento.

Sí; toda la materia grande e infinitesimal posee el mismo grado de valor absoluto. Pero existe algo incorpóreo, de esencia misteriosa, cual son esas ráfagas, por nosotros sentidas, de las inefables delicias del amor puro, de la obra de caridad y de los místicos éxtasis que revelan lo privilegiado de nuestro origen, y, suponiéndolos perennes, la eterna ventura de nuestro porvenir.

Creemos con Laplace que el sol que nos alumbra ha de apagarse algún día; que la tierra será un yermo; que nuevos choques espantosos incendiarán los mundos, transformándolos en gaseosos primero y en sólidos después de millones de siglos; pero también creemos que de cuanto puebla las etéreas regiones persistirá inalterable el alma inmortal de los seres creados por el Altísimo a su imagen y semejanza.

Merced excelsa que motiva nuestro ingénito e irresistible impulso a la adoración, que nos hace preferir para templo de nuestras plegarias lo que más subyuga por su fuerza y majestad a la mísera carne mientras nos aprisiona.

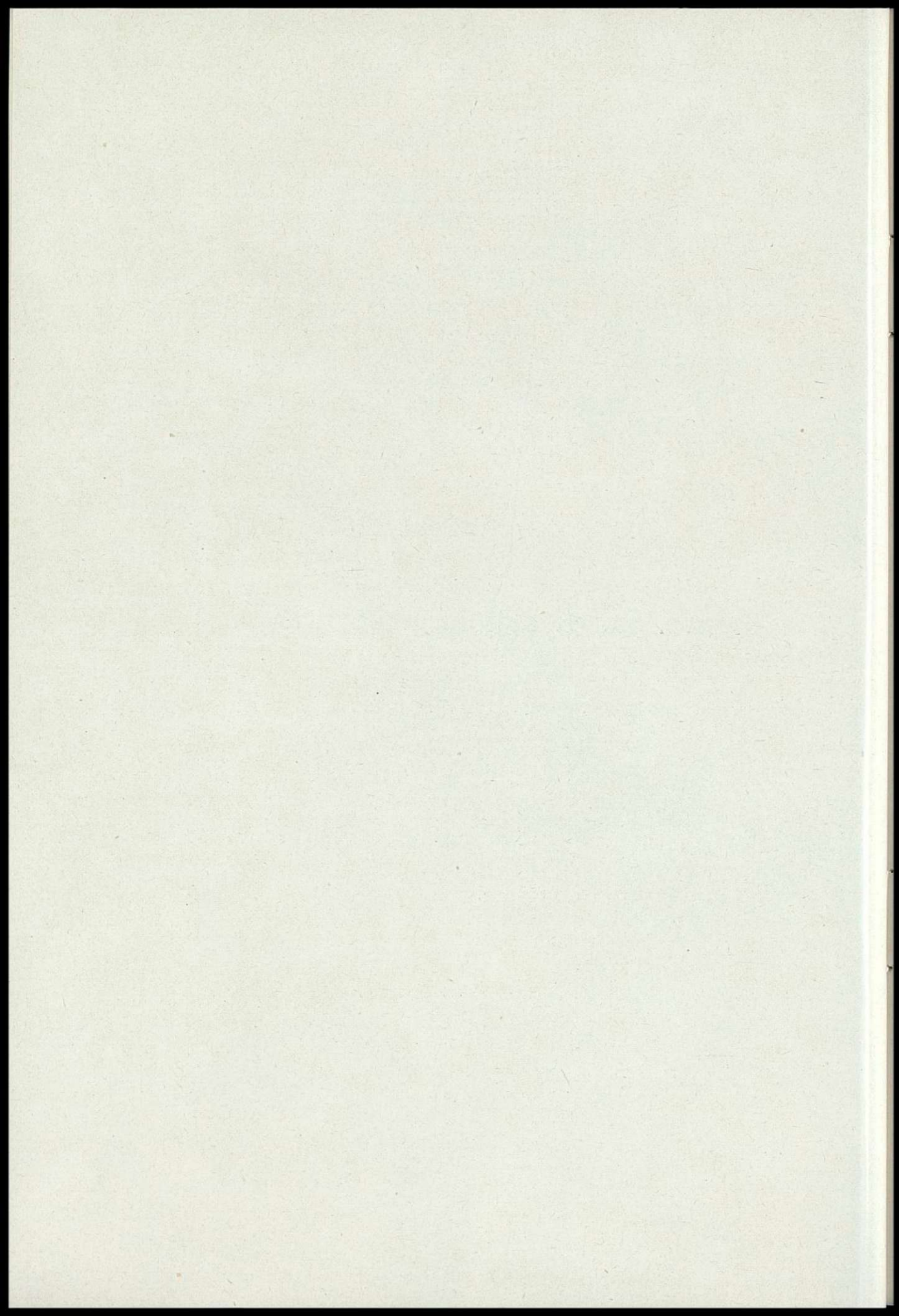
Este templo es el Océano; es el Océano con sus vastas soledades y profundos abismos que, rugidor o silencioso, nos aterra, asombra e inspira cantos de alabanza; pero no olvide-

mos nunca que tanta inmensidad se reduce, por fin, a la tenue capa líquida que moja un átomo del Universo, por el cual pasan nuestras generaciones con rapidez extremada, dejando el sello de su culto a lo sobrehumano o a lo que conjeturan grandioso como el mar; mas sus cantores son cantores inconscientes del Hacedor Divino e Impenetrable, quien sólo nos permite concebir y entrever lo infinito de su Misericordia y de su Omnipotencia.

DISCURSO CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. DANIEL DE CORTÁZAR



SEÑORES:

Como en los muchos años de mi vida académica, demasiadas veces me he visto en el lance de servir de padrino para la recepción de nuevos compañeros, el miedo que para el caso tuve desde el principio ha ido aumentando hasta ser verdadero pánico, pues al par que se multiplicaban las ocasiones veía menguar mis fuerzas y acrecerse el temor de que el neófito se me cayera de los brazos y se ahogase en el baptisterio, y si no obstante me he decidido hoy a cumplir con el encargo del ilustre Director de esta Academia de dar otra bienvenida, es porque siendo marino y gimnasta el apadrinado, confío en que si cayese al agua, incontinenti saldría a flote y nadaría garbosamente hasta salvarse, asiéndose, *en postura académica*, a los bordes de la pila, con no menor ahinco al que, según dicen, los niños de Estepa se agarran a la pared donde al nacer son lanzados por los padres para ver si serán sus dignos sucesores, pues no desdican la vivacidad y las fuerzas de mi actual ahijado de aquellas con las cuales han de justificar futuras proe-

zas los que ven la luz primera en el nombrado pueblo sevillano.

\*  
\* \*

Sabido es que para juzgar con acierto a un autor es indispensable no solo analizar su obra sino también conocer la idiosincrasia del mismo, y por ello no rechazaréis el que os entretenga unos minutos refiriendo algo a modo de biografía del Excmo. Sr. D. Pedro de Novo y Colson, que viene a sentarse en la silla ocupada en la Academia más de treinta y cinco años por el siempre atento y cumplido caballero don Emilio Alcalá Galiano, Conde de Casa Valencia, quien prefirió a sus títulos nobiliarios, y a sus triunfos conseguidos como Embajador, Ministro de Estado y Senador vitalicio, el pertenecer a varias Reales Academias y particularmente a la Española, a cuyas sesiones concurría con la mayor asiduidad interesándose en las discusiones y tomando frecuentemente parte en ellas por sus singulares conocimientos políglotas.

De los claros méritos que se reunían en el Conde de Casa Valencia como orador político, publicista y escritor ameno y de sus bellísimas condiciones morales, es tan cierto e interesante lo que nos ha dicho el Sr. Novo que nada hay necesidad de añadir en confirmación; pero sí conviene que ahora yo, en nombre de la Academia, rinda el debido tributo de respeto, gratitud y afecto a la memoria de nuestro egregio camarada.

Sin duda que el Supremo Hacedor habrá concedido justo premio a tan ilustre varón, dándole paz eterna en la mansión de los bienaventurados.

\*  
\* \*

Cumplido este deber con el Académico fallecido, hablemos del que viene a sustituirle.

Apenas terminados los estudios en el Instituto de Jerez, de lo que se llama segunda enseñanza, ingresa D. Pedro de Novo en el Colegio Naval de San Fernando, y mientras sigue brillantemente los cursos de la carrera, sobresale entre los camaradas por su afición a los deportes de fuerza y agilidad y escribe para unas fiestas escolares un discurso cuyo tema era *El Mar*, que muy aplaudido por compañeros y maestros, venía a ser nuncio revelador de las extraordinarias aptitudes literarias que pronto se manifestarían con pujanza y acierto poco comunes por aquel imberbe estudiantillo, el cual, a los pocos meses, había de conocer navegando si el Piélago era tan seductor como él había preconizado en su aplaudido discurso.

Cuando aún servía de Guardia marina en el apostadero de la Habana, se presentó con una poesía al director del semanario satírico *El Moro Muza*, el famoso crítico Martínez Villergas. Este comenzó a leer de mal talante el trabajo, pero fué cambiando de gesto poco a poco, y al terminar la lectura dijo a Novo: «Publicaré gustoso todo cuanto usted me traiga». Fácil es comprender que así sucediera, pues en los versos de que hablamos hay tal sencillez, tal espontaneidad y tanta poesía, que no quiero perder la ocasión de recordarlos convencido de que agradarán a cuantos los escuchan:

Si ya del estío cayeron las flores  
y el cierzo de enero los montes cubrió  
pintando los valles de nuevos colores,  
¿por qué mis ardientes pasados amores  
el cierzo no heló?

¿Por qué su recuerdo consume mi vida  
si ya de sus goces la dicha perdí?  
¿Por qué miro abierta más honda la herida,

más viva la llama de hoguera encendida  
tan lejos de ti?

¿Por qué de tus brazos la amante cadena,  
por qué de tus ojos el tierno mirar  
la calma me roba, mi vida envenena  
y un mar de placeres recuerdo con pena  
que me hace llorar?

¿Por qué de tu pecho conté los latidos?  
¿por qué de tus labios el dulce licor  
gustaron mis labios, gozando dormidos  
un beso insaciable de mudos sonidos  
y eterno sabor?

No puedo olvidarte, que son mis amores  
del sol un destello y el sol eres tú;  
¿las otras mujeres, qué son? Bellas flores  
que, débiles, secan del sol los ardores  
y temen su luz.

Recuerdos que en noche serena o sombría,  
surcando los mares doquiera que fuí  
siguieron mi rumbo, cual sombra que espía,  
huid para siempre; mas tú, vida mía,  
ven, ¡ay! ven a mí.

Otras muchas composiciones poéticas publicó por entonces el que ahora viene a ser nuestro compañero en la Academia, demostrando en todas ellas el fácil y brillante estro del verdadero poeta, tan aplaudido por la crítica como por el público.

Apenas ascendido a Alférez de navío, escribió Novo una novela científica titulada *Un marino del siglo XIX*, a la que puso prólogo D. Javier de Salas, ilustre Académico de la Historia. Del mismo prólogo tomaré las siguientes líneas:

«Redactada con singular discreción trae a cuenta los fenó-



menos más interesantes del Océano, como la salsedumbre de las aguas, la vida en las mismas, la influencia que el calor solar y los vientos ejercen para originar las tempestades, las mareas y las varias corrientes que constantemente surcan los mares, etc., etc., para con todo ello y preciosas reflexiones oportunas, tener un libro tan útil y ameno que lo mismo cuadra en la cámara de una fragata que en el bufete del hombre ilustrado y aun en el tocador de una dama, pues abundan en él tantas páginas de elevada poesía, que dar cuenta de ellas equivaldría a copiar toda la obra; pero se nos dispensará que como muestra reproduzcamos una de ellas:

»¿Tendrán alguna afinidad con nuestras almas esos grandiosos espectáculos que las conmueven? ¿No habrá alguna relación secreta entre la materia concertada por Dios y el pensamiento del hombre? Si vemos al sauce llorar y a las flores reír; si son alegres las alboradas y melancólicas las tardes; si vemos noches tristes, bellas o sombrías, paisajes que arrancan lágrimas y otros que inspiran tedio; si a la luz de la luna, a los rayos del sol, al fulgor de las estrellas; en bosques o desiertos, a orillas de los ríos, en las playas y sobre el Océano, el alma goza o sufre, llora o ríe agitada por encontradas ideas dulces o amargas..., ¿quién trae a la memoria esas ideas siempre alegres con la aurora, siempre tristes con el crepúsculo? ¿Quién conduce al pensamiento vestido de gemelo color que las horas del día? ¿Será la afinidad misteriosa de nuestras almas con los grandiosos espectáculos de la Naturaleza?»

Cuando en 1878, era ya el Sr. Novo Teniente de navío y Profesor en la Escuela Naval, dedicó sus ocios a escribir un drama que apenas terminado trajo a Madrid, consiguiendo leerlo en el teatro Español, donde fué inmediatamente admitido y estrenado con gran éxito poco después.

Este drama, que se titulaba *La manta del caballo*, obtuvo juntamente con el aplauso público laudatorias críticas, sobresaliendo la de D. Manuel Cañete, nuestro antiguo compañero en la Academia, quien afirmó «que era bien honroso y excepcional conseguir como conseguía el autor, la primera vez que escribía para el teatro, crear un conjunto lleno de vida e informado por un pensamiento moral de altísima trascendencia; poner de bulto caracteres trazados y sostenidos enérgicamente; penetrar en los misterios del corazón para conmoverlo en pro o en contra de personajes fantásticos, pero completamente humanos; desarrollar el pensamiento con verdad, graduando los efectos hasta llegar a la situación culminante para realzar entre las demás la augusta figura del padre que renuncia a todos sus bienes a fin de labrar la felicidad del hijo y recibe en pago terribles ingratitudes; simbolizar en la pureza infantil la ternura filial y adornar toda la fábula con el hermoso ropaje de poesía que abunda tanto en rasgos de pasión y de ternura como en pensamientos elevados y en pintorescas imágenes».

Poco después de esto fué Novo y Colson autorizado oficialmente para vivir en la corte, a fin de que escribiera la *Historia de los descubrimientos marítimos*, y como por entonces, 1879, se anunciase un concurso entre poetas para cantar las glorias del gran navegante español Sebastián Elcano, en la celebración de su centenario, allí acudió nuestro autor consiguiendo que la Academia Española premiase la oda que presentó, y de la cual me permitiréis que transcriba ahora algún trozo.

#### A ELCANO

.....  
Todo vuelve a existir, bajo tu planta  
Cruje la nave entre rugientes olas;

Tu rostro moja la nevada espuma;  
El enlutado cielo se abrillanta.  
Silba la tempestad, redobla el trueno;  
El rayo troncha la cruzada entena;  
Del rifado velamen los jirones,  
Cual monstruo velador, la jarcia azota;  
Brotó de fuego cárdena melena;  
Del labio rudo la plegaria brota...  
Y al huracán venciendo tu osadía,  
El áspero camino  
Sigues, Elcano, luchador gigante,  
Eterno peregrino  
Sobre las olas de la mar bravía,  
Por los ignotos mundos adelante!

.....  
Y al cabo, triunfador, ceñido el mundo,  
Llegas del Betis a la fresca orilla,  
Tocas la patria, y con amor profundo  
Rindes al pie de la gentil matrona  
El pendón que llevaste de Castilla  
Y la arrancada al mar, virgen corona.

.....  
Mas dejas de existir, y en santa tumba  
No puede reposar tu cuerpo inerte,  
Que envuelto en una lona  
Lo lanzan del bajel, y el Oceano,  
Medroso que despierte  
El robador audaz de su corona,  
Sus iras calma, aplaca el oleaje,  
Te sepulta en su seno más profundo,  
Y desde entonces con orgullo insano  
Repite por los ámbitos del mundo:  
Siempre libre seré; ya ha muerto Elcano!

Al mismo tiempo que Novo conseguía los laureles académicos y el unánime aplauso del público, editaba la monumental obra *Autores dramáticos contemporáneos*, á la que puso un extenso y admirable prólogo Cánovas del Castillo, a la sazón Jefe del Gobierno, y también publicaba la *Historia de las exploraciones Árticas*, la *Historia de la guerra de España en el Pacífico* y otros libros de igual índole que le abrieron más adelante las puertas de la Academia de la Historia.

Alternando con estos trabajos escribió el drama *Vasco Núñez de Balboa*, que estrenaron Valero y Vico en el teatro de Apolo con grandísimo éxito, y acerca del cual dijo nuestro compañero Picón:

«La forma en que el Sr. Novo ha escrito su drama basta para considerarle como un poeta de los que no abundan; sabe hacer sentir, pero su principal cualidad es el vigor.»

«La versificación, sin dejar de tener toda la espontaneidad que puede conservar una obra muy cuidada, es correcta, fácil y está llena de pensamientos bellísimos. Es un poeta de la raza de Hartzenbusch y de Gil y Zárate.»

Poco después escribía Novo el drama titulado *Corazón de hombre* y la comedia *Hombre de corazón*, defendiendo en el primero el divorcio y atacándole en la segunda. Estrenóse aquél con éxito tan grande como justo en el Español; pero con la comedia *Hombre de corazón* ocurrió un caso tan curioso como raro. Fué que el autor retiró la obra del teatro de la Princesa el mismo día en que debía estrenarse, por creer firmemente, contra el parecer de todos, y después de asistir al ensayo general, que había de ser inevitable un mal éxito. Han pasado muchos años, y según sé, el autor continúa opinando de igual modo y no ha permitido nunca dar el trabajo al público, a pesar de los requerimientos que se le han hecho.

En el mismo año, y en el dicho teatro, fué representada otra comedia, *Un archimillonario*, de la cual nuestro buen compañero Fernández Flórez escribió una extensa crítica en donde decía: «Esta comedia tiene novedad grande, rompe con los patrones hechos, no es imitación de las obras de los dramáticos famosos del día, trae nuevos personajes, situaciones nuevas y desenlaces nuevos. Con razón decía el ilustre Tamayo después de haber visto la obra: «Novo y Colson ha descubierto uno de esos criaderos de diamantes que los autores dramáticos descubren cada veinte años. Esta obra demuestra en su autor condiciones excepcionales; esa virilidad, esa frescura de corazón, esa constante nobleza, honradez y sanidad de sentimientos que en la obra resplandecen, al par que la fortifican, esparcen aromas y difunden simpatías tan raras como preciosas en el teatro.»

No es extraño, pues, que la comedia *El archimillonario* se tradujera al italiano, y que al estrenarse en Génova por el eminente actor Novelli, éste telegrafíase a *La Epoca*: *Con éxito extraordinario se ha estrenado en italiano El archimillonario, de Novo y Colson. Continuos aplausos interrumpieron la representación, promoviéndose al final una ovación extraordinaria.*

Al año siguiente obtuvo Novo el más grande de sus triunfos como autor, con el estreno en el Español del drama *La bofetada*. Celebrado el caso por los principales críticos, sobresalió entre ellos el padre agustino Blanco García, diciendo: «No es un drama de tantos el que llamó tan poderosamente la atención del público y removi6 sus entusiasmos. Nada de tragedia cómica con abigarrados colorines, ni de melodrama destilando sangre; aquí no se confunde la emoción estética con los ataques convulsivos, porque el autor tiene el buen gusto de herir directamente el alma sin perturbar los nervios... Todo es admirable en los caracteres del

marqués y de su hijo, caracteres complicados y de difícil estudio. El del marqués es una creación, cuya trágica sublimidad se va agigantando de escena en escena hasta el final de la obra, aun cuando se oculta discretamente entre la penumbra de lo misterioso.

Las representaciones de este drama duraron en el Español treinta noches consecutivas, y salvó aquel año la situación económica de la Empresa. Representado posteriormente en provincias, en todas partes obtuvo el mismo brillante éxito que en Madrid, siendo de notar que el director de *La Revue Internationale de Paris*, que asistió al estreno, decía en un largo artículo que publicó en la capital francesa: «Rarement j'ai vu une pièce plus émouvante faisant naître de sentiments plus nobles et plus divers dans l'âme.»

Continuó Novo escribiendo para el teatro, estrenando con gran aplauso la zarzuela en dos actos *Todo por ella*, con música del maestro Chapí. Después llevó nuestro autor al teatro de la Princesa un drama titulado *El prodigo*, que el público acogió con cierta frialdad, y aun cuando algún crítico elogió «sus situaciones conmovedoras e interesantes, los recursos escénicos hábil y diestramente manejados, las frases felices, etc.», la actitud de *los morenos*, hizo que el Sr. Novo lo retirase de la escena a los pocos días.

El juguete *Estado y Marina*, que se estrenó en el teatro de Lara, agradó sobremanera por lo interesante y gracioso del argumento, y por lo felizmente que en él se emplea el tecnicismo marítimo, y no menor aplauso mereció en el teatro de la Comedia el drama titulado *Altezas del honor*.

En el año 1900 aún dió a la escena el Sr. Novo en el teatro de Apolo la zarzuela *Los garrochistas*, con música de Salvador Viniegra, tan famoso músico como pintor, fallecido hace pocos días. Acerca de esta zarzuela dijo el *Heraldo de Madrid*: «Es un gran éxito para su autor el haber triunfado

prescindiendo de verduleras, chulapos y mozos de estoque.»

Después de esto no ha vuelto Novo a llevar a la escena otros trabajos suyos, aunque me consta que tiene escritos un sainete titulado *Una hora en la terraza*, el drama en tres actos *La presa del león* y algunas otras obras dramáticas.

Ya habéis visto que al recordar los continuados éxitos del Sr. Novo en el teatro me he valido para la crítica de lo que los principales maestros de su tiempo dijeron, pues claro es que así evito que alguien pudiese creer que las alabanzas que yo hiciera obedecían al cariño que tengo al autor y no a los singulares méritos de aquel a quien traté personalmente hace más de treinta años, cuando él y yo figuramos entre los fundadores de la Sociedad Geográfica Española, y que era el mismo, al cual antes, en diversas ocasiones, sin conocerle ni de vista, había aplaudido con gran entusiasmo en el teatro, cuando ante las insistentes llamadas del público salía al escenario de la mano de la Mendoza Tenorio y de la Tubau, de Valero y Vico, de Calvo y Mario, para no citar de aquellos faranduleros excepcionales sino los que ya no existen, y cuyo valer no me han hecho olvidar, a pesar de su indisputable mérito, los actores que ahora viven, tal vez porque las impresiones que uno recibe cuando joven se conservan indelebles, y repulsan las que pretenden afectarnos en la vejez.

Novo, que ha escrito también para los periódicos multitud de artículos políticos, de crítica literaria y narrativos, fundó en 1896 el *Mundo Naval Ilustrado*, semanario el más ameno y lujoso publicado hasta entonces en España, y en el cual, entre otros grandes escritores, colaboraron Echegaray y Valera. El periódico obtuvo gran aceptación; pero la ruina de nuestra Marina y la pérdida de nuestras Colonias motivaron la desaparición; mas sustituyéndole, poco después, fundó Novo el *Diario de la Marina*, donde como director hizo y

promovió enérgica campaña, pidiendo el pronto renacer de nuestro poderío naval.

Aún ha tenido tiempo para publicar una serie de cuentos y artículos anecdóticos que salieron a luz en la *Ilustración Española y Americana*; para poner prólogos a varios libros de historia y de viajes, y para dar conferencias en el Ateneo de Madrid sobre asuntos marítimos.

Llevado de su amor al Cuerpo de la Armada, promovió y sostuvo en la prensa diaria la necesidad de que el Gobierno concediera los créditos bastantes para construir el submarino de Peral, y cuando esto se logró, deseoso de demostrar la sinceridad de la defensa y la fe en el invento de aquel insigne y sabio compañero suyo, pidió y obtuvo el permiso de asistir como tripulante a las pruebas del mismo barco.

Pero la labor más grande y hermosa del que hoy profesa entre nosotros, a la que ha dedicado la mayor parte de su vida con insistente entusiasmo y amor, es a la obra humanitaria del salvamento de náufragos. Ya lo expresa en su discurso, pero no dice que durante los treinta y cinco años que desempeña el cargo de Secretario general de tan noble Institución, ha escrito muchas páginas narrativas de hechos conmovedores, que recopiladas en un libro sería el más bello e interesante de cuantos se deben a su labor literaria.

Con lo dicho bastaría para apreciar la vida y milagros del nuevo Académico; mas entiendo que el retrato que podríamos llamar psicológico se completará copiando la autobiografía que el mismo Novo y Colson publicó hace años en la Revista titulada *Gente vieja*, y que burla burlando pone de manifiesto la manera de creer y de sentir del autor. Oídme, pues:

«Nací —habla Novo y Colson— en Cádiz, no diré la fecha, y desde pequeño comencé a demostrar lo Quijote y lo versátil que había de ser toda la vida. Me hice gimnasta, cazador,



jinete y espadachín, sin más objetivo que hallarme bien preparado para *eclipsar* las hazañas de los mayores conquistadores, venciendo a Francia, *recuperando* a Gibraltar y fundando la Unión Ibérica, no bajo el cetro de Isabel II, sino bajo el imperio de Pedro I *el Magno*, que era yo. Durante todo el bachillerato amasé estos planes, y para llevarlos pronto a la práctica ingresé en la Marina de guerra. Pero en el Colegio Naval se daban novatadas; pareciéndome esto irrespetuoso para un futuro Emperador, declaré solemnemente que no lo soportaría y forjé mi plan. Yo era el hombre de los planes. Así, apenas bajamos al recreo el primer día, rogué a uno de los mayores que se peleara conmigo; atónito, pero furioso, aceptó y luchamos a puñetazos (llevando yo la mejor parte) hasta que nos separó el Ayudante de guardia. A la tarde siguiente me arrojé sobre otro grandullón, y una tercera vez repetí el lance. Ante mi ejemplo todos los novatos se agruparon en rebeldía, hubo una descomunal batalla y luego un tratado de paz con los viejos.»

.....

«Después de catorce años de vida de mar había perdido mis ilusiones de soberanía, y de las guerras contra carlistas, cantonales y cubanos, sólo saqué el empleo de Capitán de ejército y varias cruces rojas. Entonces colgué la tizona y vine a la corte. Aquí enristré la pluma y escribí novelas, libros de historia, poesías, comedias y dramas. Ocupado estaba en tales labores cuando el submarino de Peral me sacó de quicio; asistí a todas las pruebas que me permitieron y este fué el último chispazo de chifladura quiijotesca. En busca de dinero, fuí editor de los *Autores dramáticos contemporáneos*, proyectista del Teatro Nacional en la plaza de Santa Ana, fundador de *El Mundo Naval Ilustrado* (que desapareció con las colonias) e hice otras cien cosas heterogéneas con las que perdí trabajo y tiempo; mas ¿qué importa, si poseo mucha

iniciativa y fuerza de voluntad, aun cuando carezca en absoluto de sentido práctico? Por eso me dediqué a lo exótico en este país, en vez de agarrarme a un prohombre político que me hubiera hecho Subsecretario o Consejero de la Corona, como a otros evidentemente más inútiles que yo; pero fracasé, a pesar de mi tremenda labor, por falta de gramática parada. He tenido doce éxitos verdad en el teatro, me he batido varias veces con fortuna y siempre por nimiedades. He sido periodista, Diputado a Cortes, Diputado provincial de Madrid y soy gran cruz del Mérito Naval; total, nada... pero ¿qué importa, si conservo la agilidad de un mono, la trastienda de un párvulo y el empaque de un soberbio? He cometido faltas y torpezas que todos abultan y hecho grandes favores de los que nadie habla; pero ¿qué importa?, repito. ¿Para qué deseaba yo la gloria y el dinero? ¿Para creerme dichoso? Pues no eran indispensables, pues en mi casa disfruto de más dicha que casi todos los millonarios y los genios.»

A este autorretrato de cuerpo entero y sin disfraz alguno, sólo falta (lo que no faltaría en el que yo para mí hiciera, y que en su psicología se parecería mucho al de Novo y Colson) añadir con Campoamor, en su preciosísimo *Pequeño poema* «Los buenos y los sabios»:

«que todo hombre de bien lleva en la frente  
la señal de la coza de algún jumento.»

\*  
\*\*

Suficiente sería lo expuesto para dejar a salvo mi actual compromiso; pero como la costumbre es ley que obliga a decir algo referente al tema de los discursos con que se confirman las elecciones académicas, trataré de entreteneros algo con lo que a vuela pluma me ocurra acerca de lo que antes habéis oído al Sr. Novo, prometiéndoo, desde luego,

que vuestra molestia durará poco, pues si bien el asunto se presta a interesantes y variadísimos comentarios, impídenlo las circunstancias, pues en el presente caso si más se hiciera diría la gente *que no había derecho*.

Claro está que el discurso del nuevo Académico, aun cuando habla del Océano y de sus maravillas, tiende esencialmente a ponderar la poesía épica castellana, cantora del Mar, sobre todo cuando en éste la tempestad agita las ondas, el cielo se entenebrece con densas nubes, se acrecen los temores a los escollos y choques, los vientos desencadenados parecen lanzar rugidos de cólera, el ciclón arrebatata y menuza cuanto encuentra a su paso, y las olas encrespadas, sacudiendo en los cantiles, semejan ingentes cíclopes, que con terrible furia golpean sin cesar las costas y hacen recordar al poeta, cuando dice:

«No hay persona en el Mar ni hora segura;  
Todo en él es mudanza y tornasoles;  
Que es reino de una dama que sin duda  
De sólo ser mutable no se muda.»

(BALBUENA. — *El Bernardo*.)

Pero el Mar, para un terrícola como yo, tiene mayores encantos cuando sus aguas tranquilas ofrecen ancho camino a los navegantes, dulcifican de seguida los climas, son manantial inagotable para las nubes, que al resolverse en lluvia fertilizan islas y continentes, y las calmas dejan a los pescadores ganarse la vida tendiendo las redes para captar innumerables clases de *incautos* peces, siquiera no sean éstos los que como límites de cuantos habitan las aguas saladas señalaba el estudiantón del cuento, «el diminuto camarón y la gigantesca ballena».

Por esto cualquiera comprenderá que al apreciar las bellezas y los horrores del Mar ha de haber enorme diferencia

entre el ahijado y el padrino en la presente ceremonia, pues el primero, según habéis oído, apenas ve la luz contempla desde la casa paterna las aguas de la espléndida bahía de Cádiz, pasa su niñez divisando de continuo aquella *Taza de plata*, viste pronto el uniforme con botones de ancla, surca las ondas durante catorce años, viendo en este tiempo, entre rumbos que hacen peligrosos los escollos y bajos, desfilar ciclones, tornados y baguios, brisas y calmas, noches unas estrelladas y tenebrosas otras, con días de luminoso sol o de obscuras nieblas, y cuando pasa a lo que denomina infecundo campo de las letras, aunque en él ha recogido ópimos frutos, quiere su destino que los amores de la juventud sean también los de la vejez.

¡Qué contraste con el vivir, el pensar y el sentir del padrino! Nace éste en Madrid, en calle de tan amplio horizonte, como puede juzgarse por el nombre «Angosta de San Bernardo» (1), y desde la ventana de la alcoba, donde le echaron al mundo, y en la casa donde vivió bastantes años, tan sólo alcanzaba a ver un patio empedrado sin más agua, fuera de los días de lluvia, que la de un barreño, donde el zapatero del portal remojaba la suela; creía a pie juntillas que el tipo de los ríos era el Manzanares; el estanque del Retiro charco demasiado grande, y colosal la Real falúa atracada en su embarcadero, pues la comparaba con los barcos de papel que hacía en la escuela.

Cuanto supo por entonces del Mar más era para aborrecerle que para amarle, pues había oído hablar de su inmensa extensión, de sus abismos sin fondo, de las procelosas olas, de las pérfidas ondas, de las tormentas imponentes, de los horrorosos peligros de la navegación por los abordajes e incendios de los buques, destrozados también por los huraca-

---

(1) Hoy de la Aduana.

nes o aprisionados por los hielos polares; del mal sabor de las aguas saladas y amargas entre las cuales se morían de sed los náufragos, que debían ser muchos, pues nunca faltaba en el Rosario que por las noches se rezaba en casa un Padre-nuestro para que Dios tuviera misericordia de los navegantes.

Lo poco más que sabía del Mar era que en él se criaban las sardinas de cuba, que duraban en Madrid todo el año; los besugos, que indefectiblemente se comían por Nochebuena, y que eran también marinos la merluza y el bacalao, peces muy extraños, pues nunca vió que tuviesen cabeza.

Tal era yo cuando mi buen padre (q. e. p. d.), gran aficionado de la literatura, recitaba a menudo y admirablemente (al menos a mí me lo parecía) grandes tiradas de versos de Zorrilla, de Bretón de los Herreros, de D. Juan Nicasio Gallejo, y sobre todo de Quintana, cuyas obras poéticas se sabía todas de memoria; y es claro, que de ellas, al cabo de oírlo repetir, aprendí muchos trozos, sobre todo de la dedicada «Al Mar», de que os ha hablado el Sr. Novo, interesándome, principalmente, por lo acorde con mi pensar, la estrofa que dice:

Cesa ¡oh Mar!, cesa ¡oh Mar!, ten, compasivo,  
Piedad del flaco asiento  
Que me sostiene exánime y pasmado.  
¿No me oyes?, no. Y violento  
¿Te ensoberbeces más? Ya desatado  
El horrendo huracán silba contigo.  
¿Qué muralla, qué abrigo  
Bastará contra ti? Negras las olas,  
A manera de montes se levantan,  
Y en hondos tumbos y en rabiosa espuma  
Su fuerza ostentan y mi pecho espantan.

Poco después, y apenas empecé a estudiar Geografía, me

enteré bien de que en los Océanos se distinguen el mar Blanco, el mar Negro, el mar Rojo, el mar Azul, el mar Amarillo, y no recuerdo cuáles otros colores, y que a pesar de tan delicadas tintas, en todos las tempestades eran frecuentes y terribles, y tan continuos como espantosos los desastres.

Con estos pensamientos y todavía muchachuelo, tras largo viaje en diligencia, llegué a ver el Mar de Asturias, cerca del Cabo de Peñas, con más miedo que contento, pues alborotadas las aguas, como allí es frecuente, ondas terribles luchando sin descanso unas tras otras contra los acantilados de la costa, los sacudían con ímpetu tan formidable, que parecía temblaban en sus cimientos, y ello me hacía discurrir qué sería de mí si me encontrase donde pudieran llegar las olas; por lo cual de seguida me persuadí que lo mejor de los Océanos son las playas, y que yo tenía para marino las mismas aptitudes que un galápago de plomo.

No sé si por todo esto, o porque la casualidad así lo dispuso, cuando fuí hombrecillo, en vez de pensar en botones de ancla conseguí tomar como insignia el martillo y la piqueta de los mineros, y sin surcar ni los aires ni las aguas llegué pronto a obtener un título, que sin dejar la tierra firme, antes bien metiéndome dentro de ella, me facilitó asirme con tal ahinco a las ubres del Presupuesto, que sigo chupándolas contento después de medio siglo, porque así no sólo he conseguido alimento no escaso, sino vagar para poder presumir de literato.

Hoy tengo del Mar poca mejor idea que antes de entrar en la Escuela de Minas, aunque lo he tratado de cerca, como ha de suceder a quien, habiendo estado en Africa y en América, no pasó por Asia, pues si bien me anonada la admirable persistencia del movimiento de olas y mareas y la sublime grandeza del conjunto que en su inmensidad es reflejo de la omnipotencia divina, sigo como *marino de agua dulce*, gus-

tándome más ver pintadas las olas que surcarlas, y viajar en un *tren botijo* que en el mejor trasatlántico.

No encuentro, por lo mismo, fuera de razón lo que pensaba el baturro del cuento, que si al llegar al Grao de Valencia confesaba que el Mar era más ancho que el Ebro de Zaragoza, dudaba que fuese tan largo; y también estoy conforme, tal vez por afectos de familia, con la definición del Mar, que en un libro de composiciones poéticas titulado *Escalas*, y en una canción llamada «Cosmografía de tres al cuarto», hiciera un hermano mío, el único que tuve, y que desgraciadamente murió antes de cumplir veinticinco años:

*La Mar.* Charco singular,  
claro o turbio, manso o fiero;  
dama al par que caballero,  
pues es el mar y la mar;  
tumba de inmensa extensión,  
patria de innúmeros peces,  
baño de reos y jueces,  
y, en fin, una exclamación.

Y también me agrada mucho, y aquí influirán los cariños al paisanaje, lo que dicen los dos chulapones madrileños interlocutores de las «Impresiones de viaje» del popular poeta López Silva:

—¿Y tú qué opinas?

—¿Quién, yo?

¿De qué?

—De San Sebastián.

—Que aquello es el *non plus*.

—¡Leñe!

—Principiando por el mar.

—¿Que será grande?

—Lo menos  
ciento treinta veces más  
que el Niágara de la Cuesta  
de San Vicente.

—¡Julián,  
que *tiés* madre!

—No te rías  
que se puede acreditar.  
—Tendrá ballenas...

—Ballenas  
yo no sé si las tendrá,  
pero pulpos los he visto  
varias veces.

—¿De verdad?  
¡Pues cualisquiera se baña!  
—¡Chico, tú mismo si vas!  
Allí da gusto bañarse;  
no te vayas a pensar  
que es como aquí en los Jerónimos  
ni en los Cipreses.

—¿No?

—¡Ca!

—Hay menos hipocresía  
y más confraternidad,  
pues se bañan los dos sexos  
juntos y no pasa *ná*.

De cierto que estarán acordes conmigo cuantos nacieron y vivieron de ordinario en pueblos lejanos del Mar, y buena prueba es que cuando el Príncipe de nuestros ingenios lleva a Don Quijote y Sancho hasta la playa de Barcelona y éstos, al amanecer, tienden sus miradas por todas partes y descubren el Mar, antes de ellos no visto, sólo les ocurre compa-



rarlo, aunque más dilatado, con las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habían visitado.

No es esto decir, ni mucho menos, que cuantos pasan su vida lejos del Mar, sean incapaces de sentir la poesía de éste ni que acepten sin duda el poco valor que tienen los Océanos cuando se comparan con lo infinito de los Mundos, cuya grandeza no es posible concebir más que en visión de un pensamiento febril y como superior a nuestra limitada inteligencia, mientras que del Mar, «gota de agua que moja la partícula del Universo llamada la Tierra», según nos ha dicho el señor Novo, podemos tener conocimiento más cierto para entender su colosal importancia.

Yo me creo en aptitud, sin más que traer a cuento algo de lo que principalmente ha entretenido mi vida, de dar una conferencia *tan lata* que haga dormir al mejor centinela de un puesto avanzado, para ponderar la inmensidad del Mar y de sus fenómenos; mas recordando el aforismo latino *Non est hic locus*, os perdono la tabarra para que a mí me perdonéis recordar sólo dos datos que en alguna parte he publicado, como muestra de la grandeza de los Océanos, pues en ellos, aun cuando bien conocidos, hay grandísima poesía.

Es uno, que el río mayor de la Tierra, el de las Amazonas, que en la costa del Brasil vierte sus aguas al Atlántico, con caudal doscientas veces mayor al que en Tortosa lleva ordinariamente el Ebro, y que en las crecidas anuales representa la quinta parte de todas las aguas dulces del Globo, pues el río en su desembocadura es tan profundo que sondeos de 50, de 80 y aun de 100 metros, no llegan al fondo, tan ancho que el horizonte se cierra sobre las aguas lo mismo que en alta mar, y la corriente, por su volumen y velocidad, parece que bastaría para alimentar el Océano; es lo cierto, sin embargo, que el caudal del Amazonas es insignificante con relación a la masa de agua de los mares, pues si al



mismo río se uniesen los demás del Mundo para formar uno solo, tal corriente necesitaría marchar sin tregua más de cuatro millones de años para proporcionar tanta agua como contiene el Mar, cuya superficie total es de 386 millones de quilómetros cuadrados y su volumen pasa de 1200 quilómetros cúbicos.

Otro dato se refiere a la corriente denominada *Gulf-stream*, que ni cuando afligen a la Tierra las mayores sequías se seca, ni se desborda en las inundaciones. Sus orillas y su fondo son de agua fría y su corriente de agua templada, que arranca del golfo de México y va a desembocar en los Mares árticos, marcha más rápida que las del Mississipí y del Amazonas, con volumen mil veces mayor al de estos ríos, siendo sus aguas de color azul muy obscuro tan distinto del de las que las rodean, que a simple vista cualquiera nota la línea de separación de unas y otras, pues no parece sino que existe verdadera repugnancia en el *Gulf-stream* para mezclarse con el Mar hasta después de haber dulcificado el clima de inmensas regiones, y tan colosal río del Océano Atlántico ni es único, ni el mayor de los que cruzan los Mares, y, no obstante, todas estas corrientes son meros accidentes pelágicos.

Pero dejemos esto, y volviendo al *Leit-motiv* del discurso, cual muestra de cómo algunos de nuestros poetas contemporáneos, entre los citados por el Sr. Novo, han cantado las grandezas del Océano, copiaré, por lo sentidas, tres composiciones, una de Fernández Shaw, del libro *Poesía del Mar*; otra de Sandoval, y la tercera de Blanco Belmonte, ésta publicada en la *Ilustración Española y Americana*, y ninguna más de las muchas que lo merecen, pues no es ocasión de hacer una antología de los modernos cantores del Mar, sino de concluir con algo bueno lo malo de mi tarea.

Dice así la primera de las citadas poesías, titulada «La mar amiga»:

Buena mar, Reino del Hada  
de tus ondas, mar callada  
bajo la bóveda azul,  
que tan serena te extiendes,  
que tan vistosa te enciendes  
con tanta risueña luz.

—  
Por buena mi Dios te ampara.  
Su luz mejor te depara,  
rubia luz de rubio sol;  
¡con qué gozo y energía  
tendré en el mar alegría  
sin nubes ni tornasol!

—  
En dulces bellas mañanas  
las barquillas bien ufanas  
ricen las ondas del mar,  
y dando al aire sus velas,  
cual menudas carabelas  
no se cansen de bogar.

—  
Así con propicio viento,  
por un mar que ni un momento  
rabia muestra ni inquietud.  
Siempre, sí, mi mar amiga,  
pido a Dios que me bendiga  
regalándome tu luz.

Los versos de Manuel de Sandoval, intitulados «Espejismo»,  
son éstos:

Ya la brisa, impeliendo la barca libre  
que hacia el mar desde el puerto ligera zarpa,

hace que su cordaje resuene y vibre,  
igual que las tirantes cuerdas del arpa.

---

Ya, dejando sumisa que la acaricie,  
á su soplo se ajusta dócil la vela;  
y al cortar sin esfuerzo la superficie  
de las tranquilas aguas, por su planicie  
no parece que flota, sino que vuela.

---

Bruñido por los rayos del sol, reluce  
el Mar, como un espejo de tersa plata,  
donde, á la par que el cielo su azul retrata,  
invertida, la barca se reproduce.

---

Y mirándola lejos rauda cruzar,  
parece una gaviota que tiende el vuelo  
entre los dos abismos del Mar y el Cielo,  
con un ala en el Cielo y otra en el Mar.

La composición de Blanco Belmonte, que denomina «Aún dicen que el pescado es caro», inspirada en el cuadro de Sorolla de igual título, es como sigue:

Cuatro tablas unidas a una peña  
que borda con espuma el mar rugiente;  
una red, una barca muy pequeña  
y un chiquitín, rubillo y sonriente,  
durmiendo en pobre cuna,  
compendian el amor de los amores,  
la dicha, el bienestar y la fortuna  
de humildes y sencillos pescadores.

---

Cuando entre nubes de zafir y grana  
despierta el rojo sol con la mañana,

por buscar la comida de un hijuelo,  
entonando dulcísimos cantares,  
el ave cruza la extensión del cielo,  
y, raudo, como el ave, el barquichuelo  
surca las olas de los turbios mares.

—  
Cuando mueren del sol los resplandores,  
cuando el lucero de la tarde brilla  
con trémulos fulgores,  
desgarrando los velos de la bruma,  
a su nido retorna el avecilla,  
y también, como el ave, la barquilla,  
entre montañas de bullente espuma,  
retorna al nido que labró en la orilla.

—  
Y los pescados de argentado brillo  
saltando entre las mallas de las redes,  
y las cuatro paredes  
que cobijan el sueño de un chiquillo,  
y el recrujir del tronco que se quema,  
y del hogar las plácidas canciones...  
son las notas vibrantes del poema  
que riman al latir dos corazones.

—  
Mas a veces, la joven pescadora  
regresa a su cabaña  
al despuntar la aurora,  
y triste llanto su pupila empaña,  
y se nubla su rostro bondadoso  
al pensar en su esposo  
que lucha con las olas denodado,  
en combate infecundo,  
para obtener un poco de pescado,

que apenas si se vende en el mercado;  
pues dice que es muy caro todo el mundo.

---

.....  
Cuando entre nubes de zafir y grana  
despierta el rojo sol por la mañana,  
ya no sale a la pesca el barquichuelo;  
y cuando el astro de la tarde brilla  
en el azul del cielo,  
ya tampoco retorna la barquilla,  
cual ave errante de cansado vuelo,  
buscando el nido que labró en la orilla.

---

Ya las tablas unidas a la peña  
el mar rugiente azota,  
y la barca pequeña  
por el embate de las aguas rota,  
y la modesta cuna,  
compendio del amor de los amores...  
féretros son que encierran la fortuna  
de humildes y sencillos pescadores.

---

Ya los pescados de argentado brillo  
no bullen en las mallas de las redes;  
ya entre cuatro paredes  
se alza el lecho de muerte de un chiquillo  
que agoniza, cual débil pajarillo,  
falto de pan y dulces atenciones;  
ya en el hogar un tronco no se quema;  
y el rugir de los fieros aquilones  
es la fúnebre nota del poema  
que rimaron dos nobles corazones.

---

Perdida la razón, la pescadora  
regresa a la cabaña  
al despuntar la aurora,  
y triste llanto su pupila empaña;  
la pobre mujer llora  
la muerte del esposo idolatrado,  
y contemplando un cesto de pescado,  
al fin exclama con dolor profundo:  
—Dos vidas ha costado,  
y al quererlo vender en el mercado,  
¡aún me dice que es caro todo el mundo!

\*  
\* \*

Con tanto oír hablar de la Mar, de seguro habrá ya quien se sienta mareado, y aunque milagrosamente esto no suceda, como yo sí lo estoy, me apresuro, antes de que alguno grite ¡hombre al agua!, a dejar la nave en que me había embarcado, y saltando a tierra, veré desde ella cómo entra triunfante en el *Puerto deseado* el buque que arbola en su tope mayor la insignia de Novo y Colson.

ad hoc

ad

ad

ad

ad

ad

ad